

ACABAR...¿TRAICIONAR?

Elisabeth Conesa. Cahiers 155/primavera-verano 2022

A medida que pasaba el tiempo, mi energía iba siendo menor. El interés por los pacientes y por el trabajo analítico con ellos seguía estando muy vivo, pero la fatiga psíquica se hacía cada vez más grande al acabar mi jornada. Así que decidí no coger pacientes nuevos y me dije que, con los que aún quedaban, las historias entretreídas a lo largo de los años se irían terminando poco a poco. El final llegaría a su debido tiempo sin saberlo yo de antemano. Para mí estaba claro que serían ellos –los pacientes– los que pondrían fin al trabajo cuando llegara el momento. Alguno, intrigado por mi edad, evocaba a veces la edad de jubilación. Normalmente contestaba que no era un asunto relevante en ese momento y que, de todas maneras, si la vida me obligaba, les avisaría con un año de antelación, excepto en caso de accidente imprevisible. Prever, anticipar, era un deber que mi posición de analista me imponía. Varios de mis pacientes habían llegado a mi consulta después de que su analista precedente les hubiera anunciado –de forma brutal– que dejaba de ejercer. Para ellos era doloroso, y muy a menudo, incomprensible, por lo que se hacía necesario trabajarlo en la sesión. Yo, en mi fuero interno, me decía: “Yo nunca haré esto”. Hoy, sé muy bien que una declaración como ésa era ingenua, pero sobre todo sé que surgía de una *vivencia* (1) que se remontaba a una época muy lejana.

Llegó el 16 de marzo de 2020 con el confinamiento que conocemos. Brutal, inesperado... Bueno, quizá no tanto porque ya había rumores. Alertada por el entorno médico de que las consecuencias sanitarias podían ser graves, me fui de París con mi familia para instalarnos en una casa en un pueblecito del sur. Inmediatamente, como muchos de mis colegas, puse en marcha, con los pacientes que quisieron, las sesiones por teléfono: casi todos aceptaron. A los que no encontraban sentido a esta forma de continuar el trabajo analítico, les propuse retomar el contacto en cuanto la situación lo permitiera. Había que seguir adelante poco a poco y aceptar que no sabíamos cómo evolucionaría todo. Después de varias semanas, y viendo que el confinamiento se alargaba, tomamos –tras madura reflexión– la decisión de quedarnos definitivamente en esta casa del sur. Evidentemente, se nos imponía –a mí y a mis pacientes– una nueva organización. Ya no era sólo el exterior el que imponía su ley, sino que ahora era yo la que se veía arrastrada a imponer a mis pacientes no sólo una manera diferente de trabajar, sino otro ritmo: primero el teléfono, luego –cuando fue posible– idas y venidas entre París y el sur para recibirlos en “carne y hueso” cada 15 días. Qué lejos estaba de “Prever, Anticipar”...

(1) En español en el original (NT): “palabra española que, a mis ojos, transmite mejor la idea de “lo que está sucediendo” que el término francés “*expérience vécue*”. Cf. E. Conesa, “Jorge Semprún. La escritura o la vida”, Cahiers Jungiens de Psychanalyse nº 119/120.

Mi realidad exterior y mi realidad interior me sacudían enormemente y me obligaban a poner en marcha un “marco” que nunca hubiera imaginado que pudiera llegar a imponer. Y sin embargo lo hice. Una cosa es saber que el sí-mismo y el proceso de individuación siguen un camino único, singular, imprevisto, que altera; otra cosa es vivirlo.

No era la primera vez que me enfrentaba con lo inesperado, pero ahora, en el núcleo de ese inesperado, estaba la relación misma con mis pacientes, por la necesidad de explicarles mi decisión. Ésta era abrupta, no podía ignorarlo. ¿Cómo, por ejemplo, no pensar (entre otras cosas) en el hecho de que no iba a recibirles nunca más en mi consulta parisina? A pesar de ello -algunos pacientes me lo dijeron- el hecho de continuar las sesiones hacía la decisión menos violenta. Para mi sorpresa, muchos de mis pacientes y de personas en supervisión individual, la tomaron de manera positiva: era estimulante ver a su analista dentro del movimiento de la vida. Sin embargo, para otros era la reactivación de las heridas de separación que ciertamente tendríamos que trabajar, lo que permitió avanzar a cada uno de ellos. Pero, a pesar de todo, quedaba una realidad ineludible: el reparto de las sesiones presenciales iba disminuyendo y -en el aquí y ahora- era una pérdida, tanto para ellos como para mí.

Después de las vacaciones de verano de 2020, las idas y venidas entre París y el sur fueron regulares. Había encontrado una consulta que podía alquilar cada 15 días y estaba contenta de reencontrarme con mis pacientes...Una vez más, estaba lejos de imaginar lo que se me iba a imponer. Podría decir “muy a mi pesar”, aunque mi cuerpo (2) me señalaba que este nuevo sistema no era ya viable para mí. Durante el mes de noviembre, aun cuando el interés y el placer de encontrarme regularmente con mis pacientes seguía existiendo, mi fatiga iba en aumento. Física y psíquicamente: ya no me quedaba energía para continuar más tiempo de esa manera. Pero, ¿qué podía hacer? ¿Dejar de ir y venir? Era implanteable: me sentía comprometida con mis pacientes. La pregunta, punzante, volvía y volvía: “¿qué puedo hacer?”. No veía salida. Esta situación me hizo revivir -con una intensidad que me cogió por sorpresa- un período de mi vida muy antiguo. O sea, ¿volver a traicionar? No, no podía ser.

En efecto, 40 años antes estaba trabajando como educadora en una institución en la que había -enviados por la DASS (3) y los jueces de menores- niños y niñas de entre 6 y 16 años. Al cabo de 8 años, este trabajo -que me apasionaba y al que dedicaba mucha energía- se convirtió, a pesar de ello, en un obstáculo para continuar mi camino. La carga de trabajo era tan grande -me había convertido en la mano derecha de la directora- que, a pesar de inscribirme repetidas veces en la carrera de psicología, no conseguía licenciarme. Finalmente, y no sin “macerarlo” interiormente, decidí dejar la Institución, aunque haciéndolo de la -a mis ojos- mejor manera posible: es decir, avisando un año antes. Llegó el final del año escolar y, con él, la fecha que había fijado.

(2). C.G.Jung. *Dialéctica del yo y el inconsciente*. París, GALLIMARD. “Ideas”, 1964, pág. 247. “Utilizo la expresión “percibir el sí-mismo” a propósito, para remarcar cómo la relación del yo con el sí-mismo tiene que ver con la sensación”.

(3) La DASS (*Direction des Affaires Sanitaires et Sociales*) sería el equivalente, en España, de Servicios Sociales (NT).

Encontré un apartamento en París en el que instalarme, busqué otro trabajo e hice las gestiones para inscribirme en la facultad de psicología...y empecé a vivir noches de gran angustia. Tenía miedo de esta nueva vida en la que todo estaba por construir. La antigua directora insistía por teléfono: “¿por qué se fue? Su lugar está aquí: aquí es usted apreciada, puede formarse para sustituirme...”. En el mes de septiembre, volví a la institución, mudándome de nuevo con todas mis cosas. ¡El “paso al acto “ (*passage à l’acte*) era enorme! Pero yo no tenía consciencia de ello. Durante 3 semanas hubo euforia por ambas partes. Una euforia que, al cabo de esas 3 semanas, y con ocasión de un sueño, se convirtió en pesadilla. Comprendí que me había equivocado, que no podía quedarme en esta institución, que ya no era mi lugar, que ya no era mi camino: el sueño me decía que tenía que ir hacia el lado del psicoanálisis...Pero ¿cómo hacerlo? Me había ido, había vuelto con el júbilo general ¿y ahora tenía que volver a marcharme por segunda vez? Era absolutamente impensable. No veía salida. Durante 3 meses trabajaba durante el día y lloraba toda la noche. Durante 3 meses, viví una *nigredo* (4) de la que no conocía el nombre. ¿Cómo avanzar? No se veía ninguna luz. Estaba bloqueada, lisa y llanamente, ante la imposibilidad de volver a marcharme después de haber vuelto. Sería incomprensible para mis compañeros, pero sobre todo para los niños. Mi regreso era un compromiso con ellos que no podía romper así como así. Las noches iban pasando sin que se presentara ninguna solución: hasta el día en que, agotada por todas las noches sin dormir, cogí unos días de vacaciones y volví a París...

No regresé nunca a esa institución. Y empecé un análisis personal, tal como me indicaba el sueño. En el transcurso de este análisis, evidentemente, hablé mucho de este episodio de mi vida y volví a vivir intensas emociones, entre ellas la de no haber sido fiel a la imagen que tenía de mí misma: “hacer bien las cosas”, “dominar las situaciones”. Podríamos sorprendernos de que haya podido decirme en mi fuero interno: “¡Nunca haré tal cosa!”, como si la *vivencia* que tuve en esa época de mi juventud fuera una garantía para no volver a actuar (5) de manera violenta e inesperada, como si el yo fuera el único capitán a bordo para guiar nuestras vidas...Esta “derrota del yo” (6) había sido elaborada. Pero incluso si ha sido profundamente trabajada, eso no impide que, en el transcurso de una sesión con pacientes afectados por la violencia ejercida por otros analistas que dejan de ejercer sin avisar con tiempo suficiente, nos veamos mejor que esos otros analistas y volvamos a darle a ese yo –al que le es difícil desprenderse de su omnipotencia- una primacía ilegítima.

(4) Cf. E. Conesa, D. Guilbault, “*La nigredo*”, Cahiers Jungiens de Psychanalyse nº 88.

(5) Cf. CGJung, *Mysterium Coniunctionis*, París, Albin Michel, t.2, 1982, p.413: “Más de una vez, todo lo conseguido se echará a perder al chocar con el mundo, y no podrá cansarse de investigar cuantas veces haga falta dónde están las lagunas de su actitud y cuáles son los puntos ciegos del campo visual de su alma. Igual que nunca se produjo un milagroso *lapis philosophorum*, tampoco se alcanzará empíricamente una totalidad psíquica, pues la consciencia es demasiado limitada y unilateral para abarcar todo el inventario del alma. Siempre tendremos que empezar de nuevo desde el principio”. (OC/14, p. 413)

(6) *Ibid*, p. 433

Es la razón por la que he usado la palabra “traicionar” en el título. A lo largo del camino de nuestra vida, a veces hay que aceptar “traicionarnos” a nosotros mismos, en el sentido de no poder seguir siendo fieles a una imagen de nosotros mismos ideal y fija.

Lo que estaba en juego en noviembre de 2020 tenía que ver, sin ninguna duda, con esto. Ahora que había puesto en marcha un “marco” que podía convenir a mis pacientes, ¿cómo decirles que no podía continuar? ¿Cómo decirles que sentía que se acercaba el final de nuestro trabajo? Ahí estaba la certidumbre, muy viva en mí y, a la vez, imposible de vivir ¿Iba a traicionar de nuevo, a *traicionarme*? Esta vez no pasé 3 meses llorando cada noche...Cuarenta años más tarde, evidentemente no era la misma, pero la cualidad emocional de lo que estaba viviendo estaba directamente ligado con aquella antigua *vivencia*. Sin embargo, lo más intenso en esta reviviscencia, y que me sacudió –si puedo expresarlo así– “como un latigazo”, fue el sentimiento de haber traicionado la confianza de todos los niños de aquella institución, sobre todo de algunos a los que me sentía muy vinculada. Podría decir incluso que no experimentaba este sentimiento por primera vez, pero sí puedo decir que lo experimentaba con una emoción cuya intensidad era extrema y nueva. Con la consciencia inédita, lúcida, de lo que había pasado realmente hacía 40 años –el abandono de esos niños- y, por otro lado, la consciencia de lo que iba a suceder en el presente -hoy-, es decir “sí, voy a abandonar a mis pacientes”, la decisión se me impuso. Al empezar 2021, les comuniqué que no iba a volver a París a partir de junio y que en esa fecha dejaría de trabajar con ellos.

“Traicionar”, “Abandonar”: palabras fuertes, palabras que pueden ser molestas, pero que –al menos para mí- son ciertamente apropiadas, incluso si hubiera, indudablemente, que matizarlas. Me acuerdo de uno de mis analistas que insistía en la importancia de las palabras que se usan, porque podían impedir pensar o sentir bien (7). ¿Cómo acogieron mis pacientes mi decisión? No es mi objetivo en este artículo. Aunque puedo especificar que para muchos, con los que habíamos trabajado durante años, los seis meses que teníamos por delante les permitieron poner fin –en la medida de lo posible- al trabajo analítico conmigo. Pero eso no quita que el hecho de que imponerles esa decisión despertara en mí todas esas preguntas. El recorrido no está nunca trazado de antemano, -es importante no olvidarlo nunca- y –lo queramos o no- al caminar no podemos evitar ejercer una cierta violencia respecto a aquellos a los que hemos acompañado durante largos años, incluso si –a fin de cuentas- les hemos querido.

Como ya dije, para mí estaba claro que serían los pacientes –y no yo- quiénes pondrían fin al trabajo analítico que hacíamos juntos. Muchas veces, cuando alguno me preguntaba: “¿cómo saber cuándo se acaba?”, yo contestaba, entre otras cosas, que algo especial iban a sentir interiormente que les indicaría que estaban preparados para ello.

(7) Evidentemente, es una formulación mía, pero creo que ése era el sentido de sus palabras.

Por más increíble que parezca, diría que jamás me hice la pregunta a mí misma, atrapada –de alguna manera- en el ejercicio de mi trabajo como analista, que realizaba sin tener en cuenta mi propia realidad del tiempo que pasa. Yo, que con mucha frecuencia les he dicho a mis pacientes lo importante que era estar anclado en el tiempo concreto, tengo que reconocer en ello una ceguera sorprendente. Como si yo estuviera ahí, fuera del tiempo, como eterna acompañante.

Sin embargo, la pregunta se me impuso. Y he podido esclarecer esa ceguera. “Convertirse en analista: un camino singular” era el título de la memoria que presenté a la SFPA para ser nombrada analista. Hoy podría escribir: “Dejar de ser analista: un camino singular”. En el fondo, el proceso en curso ya estaba produciéndose hace años, pero había que pasar por todas las etapas descritas aquí para sentirme preparada para aceptar este final reclamado por mi tiempo de vida personal. Sólo el hacerse consciente es un recorrido que no tiene fin.

